

es muy posible que la sede del Comité, actualmente en París, sea trasladada a Madrid. No hace falta subrayar la importancia de la noticia, por cierto no facilitada en ninguna de sus nueve largas crónicas por otro sociólogo español participante.

Al flamante secretario general nos hemos dirigido en demanda de una precisa información sobre lo ocurrido en Varna. Información, como veremos, radicalmente sincera.

—¿En qué ha consistido el Congreso?

V.B.—Una vez más, en una gran feria de vanidades. La inutilidad del mismo ha sido casi total, porque, por su misma magnitud, ni siquiera ha cumplido la función de mercado—de puestos de trabajo, de libros, de proyectos de investigación, de alianzas tácticas o acuerdos diplomáticos— que es en verdad la propia de los congresos, festivales y demás actos colectivos culturales.

—¿Pero estaba bien organizado?

V.B.—Aunque quizá suponga reiterar una información ya dada por otro sociólogo en sus abundantes crónicas, diré que hubo dieciocho comités internacionales, nueve grupos de trabajo, diecisiete especiales y dos mesas redondas. Según me parece, sus dos grandes centros de polarización han estado constituidos por el Comité Internacional sobre Sociología del Desarrollo Nacional, y el grupo de trabajo sobre sociología del imperialismo, por una parte, y por otro, el Comité Internacional de Comunicaciones de Masas.

—¿Cómo se planteó la problemática fundamental en estos Comités?

V.B.—En las sesiones de trabajo estalló en seguida la gran frustración económico-político-intelectual de los países en desarrollo: sus temores a la domesticación a través de unos modos y unas técnicas importadas y su doble hipótesis de que una realidad distinta exigía unos planteamientos teórico-metodológicos distintos y de que era inútil repetir unas experiencias científicas que ha-

bían demostrado su casi total inutilidad.

—Siempre he creído, sin embargo, que en los países en desarrollo se atribuía a la sociología un poder casi taumaturgico. Al menos, así lo he leído en más de un trabajo sociológico.

V.B.—Es posible que esta sea la hipótesis de aquellos sociólogos más ingenuamente al servicio del poder en los países en desarrollo. Pero no cabe duda de que la impaciencia de los jóvenes científico-sociales de esos países no es por la mimetización de unas técnicas aprendidas fuera, sino, al contrario, por su liberación frente a ellas, que se ha traducido en Varna en una denuncia constante frente al imperialismo sociológico, la cual culminó en una denun-

ciada de honrados funcionarios habían sido promovidos de la noche a la mañana a la «gloriosa» condición de sociólogos. Supuso un verdadero espectáculo contemplar sus esfuerzos para ver quién era más empírico. Resulta increíble cómo, aparte de los insistentes en la formulación del «Diamat», la gran mayoría sigue no sólo las técnicas, sino asimismo los métodos e incluso las teorías de la sociología anglosajona. La categoría de estratificación, por ejemplo, es utilizada olvidando que encierra una intención sustitutiva de la clase social. Hasta categorías como la de alienación son utilizadas desde una perspectiva empírica y funcional.

—¿Cudá es, en general, la situación actual de la sociología?



cia contra el imperialismo académico. A esto, los sociólogos académicos lo calificaron de política e incluso de demagogia. Pero otros creen que es la verdadera sociología.

—¿Cómo ha sido la presencia del bloque socialista en el Congreso?

V.B.—Abrumadora. Quizá porque la reunión se celebraba allí, la súbita multiplicación de sociólogos del bloque ha sido tan sorprendente como silenciosa. El humor popular pretendía que los

V.B.—Su nudo gordiano consiste en que hay que hacerla y no decirlo frente a la metafísica. No puede ser una reflexión sobre la sociedad, sino un análisis de la misma. Para que este hacer sea posible, tienes que disponer de condiciones formales (autorización de entrevistas, cuestionarios libres, etcétera) y de condiciones materiales (alguien tiene que sufragar los costos, y ningún poder en ninguna parte tiene interés en que los resultados de tu análisis lo pongan en tela de ju-

icio. Por lo demás, el «corpus» sociológico está autocondicionado hacia la conservación del sistema. Para mí, la esperanza está en la instrumentalización de la «Escuela de Frankfurt». Acercarla a la realidad. Hacerla útil.

—Según otro sociólogo, ha habido un pacto de Varna. ¿En qué ha consistido?

V.B.—Creo que la fecundidad periodística de ese sociólogo le ha jugado una mala pasada. Se trataba de nombrar un comité que con carácter provisional hiciera presente a la sociología española ante la asociación internacional. Ni los españoles asistentes representaban más que a sí mismos, ni simbolizaban la pluralidad de tendencias o localizaciones de la sociología española, ni por otra parte creo que quepa un ámbito en que convivan todos los españoles que dentro y fuera de la Península se dedican al quehacer filosófico. Es más: nueve años de intentos—pienso en San Bernardo, en CEIASA y en la escuela crítica y su común destino dramático— demuestran que no está el horno para bollos. Si no hemos podido pactar en Madrid, ¿por qué alborozarnos ante un presunto pacto de Varna? ¿Cabe, por otra parte, la convivencia entre recuperados e irrecuperables?

—¿Podrás hacer una labor útil en tu nueva función?

V.B.—No lo sé. Las burocracias internacionales son las de más difícil manejo. El criterio de selección parece ser el de la mediocridad. Lo ideal sería que desaparecieran, pero, como sabes, no se destruye más que lo que se sustituye.

—Pero, concretamente, ¿qué haréis con vuestro Comité?

V.B.—Ya hemos hecho algo inhabitual: crear un Consejo de Dirección dominado por «no académicos» de menos de treinta y cinco años. Además, contribuiremos a la desmitificación del empirismo sociológico, y a terminar con las microinvestigaciones. Y además podremos comprobar si, desde una plataforma internacional, la sociología que apunta a la totalidad desde lo real

concreto es también imposible. Y si lo es, irse. Y decirlo. ■ EDUARDO G. RICO

## El americano imposible

Publicada en castellano por vez primera en 1956, Alianza Editorial ha reeditado "El americano imposible" de Graham Greene, seguramente su obra más comprometida en el nivel político-social, si exceptuamos algunos de los cuentos escritos durante su ya lejana época de militancia. "El americano imposible" es, por otra parte, una novela que conserva su vigencia, su condición de llamada de atención, objetiva por lo demás, hacia los sucesos históricos del Sudeste asiático, epicentro del terremoto originado en el enfrentamiento de dos estrategias mundiales y a la vez tierra irredenta, en heroica lucha por su independencia y al servicio de la huida de la explotación del imperialismo mundial.

"El americano imposible", construida, como tantas otras novelas de Graham Greene, sobre un modelo muy cercano por su estructura al policiaco, nos ofrece, sin embargo, un contenido político de valor inapreciable. Terminada en 1955, Greene supo prever el drama futuro de la península indochina, cuando acababa de finalizar el primer: la colonización francesa. Ya en aquella época, el novelista pudo comprobar los movimientos secretos de los yanquis, encaminados a sustituir a la primera potencia colonizadora del país. También acertó en sus previsiones en punto a la indomable resistencia del pueblo vietnamita frente a los invasores que ya daban entonces sus primeros pasos por la vía de la corrupción y la violencia.

¿Historia menor esta de Greene? Lo es, sin duda, en cuanto a construcción novelesca. No lo es, de ningún modo, en cuanto a análisis político y sociológico de un país, relato magistral en la materia, predicción certera y adelantado del tremendo valor humano que el pueblo vietnamita sigue demostrando quince años después. ■ R.